

señora duquesa de Berry. Vamos: entremos otra vez todavía en la segunda parte de mi doble vida, la parte positiva.

«En la ciudadela de Blaye,
a 7 de mayo de 1833.

»Me ha causado mucho pesar la negativa del gobierno a permitirle venir a mi lado, a pesar de habérselo pedido ya dos veces. De las muchas vejaciones que me ha hecho sufrir, ésta es la más penosa para mí. ¡Tenía tantas cosas que comunicarle! ¡Tantos consejos que reclamar! Pero, ya que debo renunciar a verle, voy a intentar confiarle, por el único medio que me queda, la comisión que quería encargarle y que espero desempeñará, porque cuento absolutamente con su adhesión hacia mí y su afecto a mi hijo. Le ruego, pues, caballero, que tenga la bondad de ir a Praga y decir a mi familia que, si hasta el día 25 de febrero me he negado a declarar mi matrimonio secreto, fué porque pensaba servir así mejor la causa de mi hijo y probar que una madre y una Borbón no temían exponer su vida. No pensaba hacer público mi matrimonio hasta la mayor edad de mi hijo; pero las amenazas del gobierno y los tormentos morales llevados hasta su último extremo, me obligaron a hacer esta declaración. Ignorando la época en que se me restituirá mi libertad, después de tantas esperanzas frustradas, hora es ya de dar a mi familia y a Europa entera una explicación que desvanezca todas las suposiciones injuriosas. Yo hubiera querido poderla dar antes; pero una incomunicación rigurosa y la imposibilidad de entenderme con las personas de fuera, me lo han impedido hasta este momento. Dirá usted, pues, a mi familia que estoy casada en Italia con el conde Héctor Lucchesi Palli, de los príncipes de Campo Franco.

»Le suplico, señor de Chateaubriand, que manifieste a mis queridos hijos toda la ternura que siento hacia ellos. Diga a Enrique que cuento más que nunca con todos sus esfuerzos para hacerse cada día más digno de la admiración y del cariño de los franceses. Diga a Luisa cuán feliz sería en poder abrazarla, y que sus cartas han sido mi único consuelo. Rinda homenaje en mi nombre a los pies del rey, y ofrezca mi tierna amistad a mi hermano y a mi buena hermana. Tenga la bondad de comunicarme, adondequiera que me encuentre, los votos de mis hijos y de mi familia. Encerrada en las

murallas de Blaye, me sirve de mucho consuelo el tener un intérprete como usted, que puede contar siempre con mi afecto.

»MARÍA CAROLINA.

»Nota. Me ha producido gran satisfacción la buena inteligencia que reina entre usted y el marqués de La Tour-Maubourg, considerándola como muy favorable a los intereses de mi hijo.

»Puede comunicar a la señora Delfina esta carta. Asegure a mi hermana que cuando me vea en libertad le enviaré al instante todos los papeles relativos a asuntos políticos. Todo mi deseo sería dirigirme a Praga en cuanto esté libre; pero los sufrimientos de toda clase que he experimentado han quebrantado de tal modo mi salud, que me verá obligada a detenerme algún tiempo en Italia para reponerme un poco y no asustar a mis pobres hijos. Estudie el carácter de Enrique, sus cualidades, sus inclinaciones, y hasta sus defectos, y diga al rey, a la Delfina y a mí lo que hay que corregir, qué cambiar o qué perfeccionar en él, haciendo también conocer a Francia lo que debe esperar de su joven rey.

»Deseando continuar siendo francesa, le pido que obtenga del rey me conserve mi título de princesa y mi nombre. La madre del rey de Cerdeña sigue llamándose *princesa de Carignan*, a pesar de haberse casado con el señor de Montleart, a quien dió el título de príncipe. María Luisa, duquesa de Parma, ha conservado su título de emperatriz, no obstante haberse casado con el conde de Neipperg, y sigue siendo tutora de su hijo; sus demás hijos llevan el apellido de Neipperg.

»Le ruego salga lo más pronto posible para Praga, pues deseo vivamente que mi familia sepa todos estos detalles por usted.

»También deseo que se ignore su viaje, o, al menos, que no se sepa que lleva una carta mía, a fin de que no se descubra mi único medio de correspondencia, que es tan precioso, aunque muy raro. El conde Lucchesi, mi esposo, es descendiente de una de las cuatro familias más antiguas de Sicilia, las únicas que quedan de los doce compañeros de Tancredo. Esta familia se distinguió siempre por su noble adhesión a la causa de sus reyes. El príncipe de Campo Franco, padre de Lucchesi, era primer gentilhomme de cámara de mi padre.

El rey de Nápoles actual, que tenía gran confianza en él, lo colocó cerca de su joven hermano el virrey de Sicilia. No le hablo de sus sentimientos, puesto que son enteramente conformes a los nuestros.

»Convencida de que el único medio de ser comprendida por los franceses es hablándoles el lenguaje del honor y haciéndoles ambicionar la gloria, tuve el pensamiento de señalar el principio del reinado de mi hijo por la reunión de Bélgica a Francia. El conde de Lucchesi fué encargado por mí de hacer las primeras indicaciones respecto de esto al rey de Holanda, así como el príncipe de Orange, y contribuyó poderosamente a que fueran bien acogidas. No he tenido la suerte de terminar este tratado, objeto de todos mis deseos; pero creo que tiene todavía algunas probabilidades de éxito: antes de dejar la Vendée di al mariscal Bourmont mis poderes para continuar este asunto. Nadie mejor que él puede llevarlo a buen término, porque goza de mucha estimación en Holanda.

»En la incertidumbre de si podré escribir al marqués de Latour-Maubourg, procure verle antes de que usted parta. Puede decirle todo lo que crea conveniente, pero bajo el más absoluto secreto. Arregle con él la dirección que debe darse a los periódicos.

»M. C.»

REFLEXIONES Y RESOLUCIÓN. — SALIDA DE PARÍS. — CARRUAJE DE CAMINO DEL SEÑOR DE TALLEYRAND. — BASILEA. — DIARIO DE PARÍS A PRAGA, DESDE EL 14 AL 24 DE MAYO DE 1833. — RIBERAS DEL RIN. — SALTO DEL RIN. — MOSKIRCH. — TEMPESTAD. — EL DANUBIO. — ULM.

La lectura de estos documentos me conmovió bastante. La hija de tantos reyes, la mujer que había descendido de tanta altura, después de haber cerrado los oídos a mis consejos, tenía el noble valor de dirigirse a mí y de perdonarme que hubiera previsto el mal éxito de su empresa: su confianza, honrándome, me llegaba hasta el corazón. La princesa de Berry me había juzgado bien: la misma naturaleza de aquella empresa, que se lo había hecho perder todo, no me alejaba de ella. Arriesgar el trono, la gloria, el porvenir, un gran destino, no es cosa vulgar: el mundo comprende que una princesa puede ser una madre heroica; huérfano y proscrito.

pero lo que es necesario entregar a la execración pública, de lo que no hay ejemplo en la historia, es el tormento impúdico infligido a una débil mujer, abandonada, privada de recursos, abrumada por todas las fuerzas de un gobierno conjurado contra ella, como si se tratara de vencer a una potencia formidable; es ver a los parientes entregando ellos mismos a su parienta a la risa de los lacayos, sujetándola por los cuatro miembros, a fin de que pariese en público, llamando a las autoridades del distrito, a los carceleros, a los espías, a los transeuntes, para que viesan salir al niño de las entrañas de su prisionera, lo mismo que si se hubiera llamado a Francia a ver nacer a su rey. ¿Y qué madre? La madre del huérfano desterrado, a quien se ha usurpado el trono. ¿Se encontraría en los presidios una familia bastante mal nacida a quien se le ocurriera el pensamiento de deshonorar a uno de sus hijos tan ignominiosamente? ¿No habría sido más noble matar a la duquesa de Berry que hacerla sufrir tan tiránica humillación? Lo que hubo de indulgencia en este infame asunto, pertenece al siglo; lo que ha habido de infamante, al gobierno.

La princesa teme hallarse obligada a detenerse en Italia para reponerse un poco y no asustar con su mudanza a sus pobres hijos. Nada más triste ni más doloroso. Dice, además: *Le suplico, señor de Chateaubriand, que exprese a mis hijos toda mi ternura por ellos, etc., etc.*

Si: iré a desempeñar la última y la más gloriosa de mis embajadas; iré de parte de la prisionera de Blaye al encuentro de la prisionera del Temple; negociaré un nuevo pacto de familia; llevaré los abrazos de una madre cautiva a sus hijos desterrados, presentando las cartas con que el valor y la desgracia me acreditan cerca de la inocencia y de la virtud.

De mis grandezas pasadas conservaba un cupé, con el que brillaba en otro tiempo en la corte de Jorge IV, y un coche de viaje construido al uso del príncipe de Talleyrand. Hice habilitar éste, a fin de que pudiese resistir el viaje, porque su origen y su forma era poco a propósito para correr tras de los monarcas caídos, y a las ocho y media de la noche del 14 de mayo, aniversario del asesinato de Enrique IV, salí de París para ir al encuentro de Enrique V, niño, huérfano y proscrito.

No dejaba de producirme alguna inquietud el estado de mi pasaporte. Expedido por el ministerio de Estado, hacía doce meses, no tenía dirección; dado para Suiza y para Italia, me había servido para salir de Francia y entrar en ella, y diferentes refrendos denotaban estas diversas circunstancias. No quise hacerle refrendar para el punto de mi viaje, ni pedir uno nuevo. La policía hubiera sido advertida, todos los telégrafos se habrían puesto en juego, y habrían registrado en las aduanas, no sólo mi equipaje, no sólo mi carruaje, sino hasta mi persona. Si mis papeles hubieran sido cogidos, habría habido pretextos para persecuciones, para visitas domiciliarias, para arrestos y hasta se habría prolongado el cautiverio real, probándose que la princesa tenía medios secretos de comunicación con el exterior. Me era, pues, imposible ocultar mi viaje pidiendo un pasaporte, y, por lo tanto, me confié a la suerte.

Evitando el camino demasiado frecuentado de Francfort y el de Estrasburgo, que pasa por la línea telegráfica, seguí el de Basilea con Jacinto Pilorge, mi secretario, y Bautista, mi *ayuda de cámara* cuando yo era señor, y convertido en simple *criado* desde la caída de mi señoría. Bajo la Restauración se había decidido sabiamente por el introductor de embajadores, como sabía que todo embajador volvía a la *vida privada*, Bautista había vuelto al servicio doméstico.

Al llegar a Altkirch, última parada de la frontera, se presentó un gendarme pidiéndome el pasaporte, y después de leer mi nombre me dijo que había hecho, a las órdenes de mi sobrino Cristián, capitán de dragones de la guardia, la campaña de 1823. En San Luis, los empleados de la aduana, que me conocían, me dejaron pasar sin ninguna formalidad. Llegué muy contento a la puerta de Basilea, donde me esperaba el viejo tambor mayor que en el mes de agosto anterior me había infligido un *bedit garantaine t'un quart d'hire*; pero no había ya motivos de cólera, y fui a apearme en los *Tres Reyes*, a orillas del Rin. Esto sucedía el 17 de mayo a las diez de la mañana.

El dueño de la fonda me proporcionó un criado, llamado Schwartz, natural de Basilea, a fin de que me sirviera de intérprete en Bohemia. Hablaba el alemán como mi buen José el griego en Mesenia al preguntar por las ruinas de Esparta.

El mismo día, a las seis de la tarde, salí de Basilea. Al subir en mi carruaje me quedé admirado de ver al gendarme de Altkirch en medio de la gente, y pensé si habría sido despachado en mi seguimiento; pero no había venido más que a escoltar el correo de Francia. Le hablé algunas palabras para informarme del objeto de su viaje, y, una vez enterado, le di para que bebiese a la salud de su antiguo capitán.

Un estudiante se acercó y me echó un papel con esta inscripción: *Al Virgilio del siglo XIX*, en el cual se leía este pasaje alterado de la *Eneida*: *Macte animo, generose puer*. El postillón agitó el látigo, y yo partí envanecido de mi alta fama en Basilea, admirado de oírme llamar Virgilio, encantado de ser *niño, generose puer*.

Atravesé el puente, subí la margen derecha del Rin, y miré con cierta tristeza las altas colinas del cantón de Basilea. El destierro que había ido a buscar en los Alpes el año anterior me parecía un término de la vida más feliz, una suerte más agradable que los asuntos políticos en que había vuelto a entrar. ¿Abrigaba yo la más pequeña esperanza favorable a la suerte de la señora duquesa de Berry y de su hijo? No: además, estaba convencido de que, a pesar de mis recientes servicios, no encontraría amigos en Praga. Cualquiera que haya prestado juramento a Luis Felipe, con tal que alabe las ordenanzas, debe ser más agradable a Carlos X que yo, que no he sido perjuro. Es demasiado para con un monarca tener dos veces razón, y ellos prefieren la traición halagüeña a la adhesión severa. Yo iba, pues, a Praga como marchaba a la cuerda el soldado siciliano ahorcado en París en tiempo de la Liga: el confesor de los napolitanos trataba de ponerle el corazón en el vientre, dándole de beber, y diciéndole por el camino: *Allegramente, allegramente!* Así bogaban mis pensamientos mientras me arrastraban los caballos; pero al pensar en la madre de Enrique V, me reconvenía a mí mismo por haberlos tenido.

Las orillas del Rin, huyendo al paso que avanzaba mi carruaje, me distraían agradablemente; cuando se contempla un paisaje por una ventana, aunque se piense en otra cosa, penetra, sin embargo, en el pensamiento un reflejo de la imagen que se tiene a la vista. Marchá-

bamos por praderas esmaltadas por las flores de mayo, y los bosques, los verjales y las calles de árboles presentaban un delicioso verdor. En el campo se hallaban con sus dueños caballos, asnos y vacas, perros y carneros, pollos y pichones. El Rin, río guerrero, semejaba complacerse en medio de esta escena pastoral, como un viejo soldado que se aloja de paso en casa de unos labradores.

Al día siguiente por la mañana, 18 de mayo, antes de llegar a Schaffouse, me hice llevar al salto del Rin, y dejé de pensar algunos momentos en la caída de los reinos para instruirme con su imagen. Yo hubiera acabado de buena gana mis días en el castillejo que domina la cascada. Si hubiese colocado en el Niágara el sueño de Atala, no realizado aún; si hubiera encontrado en Tivoli otro sueño pasado ya en la tierra, ¿quién sabe si en el castillejo de la caída del Rin no habría encontrado una visión más bella, errante en otro tiempo a sus orillas, y que me habría consolado de todas las sombras que había perdido?

Desde Schaffouse proseguí mi camino por Ulm. Hay en el país muchas lagunas, cuyas orillas se hallan cultivadas, y en las que bañan sus pies montecillos cubiertos de árboles. En este bosque, que se aprovechaba entonces, se distinguían muchas encinas, derribadas unas, otras en pie; las primeras descortezadas en tierra, y sus troncos y sus ramas desnudas y blancas como el esqueleto de un animal extraño; las segundas cargadas de bellotas sus ramas y cubierta de una pelusa negra la verde frescura de la primavera, reuniendo lo que no se ve jamás en el hombre, la doble belleza de la vejez y de la juventud.

En los plantíos de la llanura, los troncos arrancados dejaban hoyos, y el suelo se había convertido en pradera. Estos campos de césped, en medio de bosques sombríos, tienen algo de severo y risueño y recuerdan las sabanas de América.

Habiéndome detenido a comer en Moskirch, entre las seis y las siete de la tarde, me asomé a la ventana de la posada para contemplar el paisaje: los rebaños bebían en una fuente, y una ternera saltaba y brincaba como un cabritillo. Dondequiera que se les trata con dulzura, los animales son alegres y se manifiestan contentos a la vista del hombre. En Alemania y en Inglaterra no se pega a los caballos ni se les maltrata con palabras; ellos mismos se colocan en las va-

ras, marchan y se detienen a la menor inflexión de la voz o al más ligero movimiento de la brida. De todos los pueblos, el francés es el más inhumano; nuestros postillones, para enganchar los caballos, les pegan golpes con los pies en las ancas y en los ijares, les dan con el mango del látigo en la cabeza, destrózanles la boca con el freno para hacerles regular, y acompañando todo esto con juramentos, gritos e insultos al pobre animal. A las bestias de carga se les hace que tiren o lleven pesos superiores a sus fuerzas, y para obligarlas a andar se les rompe la piel a latigazos.

No era yo el único que contemplaba la naturaleza; las mujeres hacían otro tanto en las ventanas de sus casas. Al atravesar aldeas desconocidas me he preguntado muchas veces: «¿Desearías vivir aquí?» Y siempre me he respondido: «¿Por qué no?» Alguien me ha dicho, durante las locas horas de mi juventud, con el trovador Pedro Vidal:

Don n'ai mais d'un pau cordo
Que Na Raymbauda me do,
Quel reys Richartz ab Peitiens
Ni ab Tore ni ab Angieus.

«Yo soy más rico con una cinta que me dé la hermosa Raimunda, que el rey Ricardo con Poitiers, Tours y Angers.»

Materia de sueños hay por todas partes; penas y placeres también: las mujeres de Moskirch, que contemplaban el cielo o mi silla de postas, que me miraban o no miraban nada, ¿no tenían alegrías o pesares, intereses de corazón, de fortuna, de familia, como se tienen en París? Yo hubiera profundizado mucho la historia de mis vecinas si la comida no se hubiese anunciado poéticamente al estallido de un trueno: era mucho ruido para tan poca cosa.

19 de mayo de 1833.

A las diez de la noche volví a montar en el carruaje, y me dormí al ruido que hacía la lluvia cayendo sobre la cubierta del birlocho. El sonido de la trompeta de mi postillón me despertó, y escuché el ruido de un río que no veía. Nos encontramos detenidos a las puertas de una ciudad: abriéronse aquéllas, y procedieron a examinar mi pasaporte y mi equipaje: penetramos en el vasto imperio de S. M. wurtemberguesa. Saludé in mente a la gran duquesa Elena, graciosa y delicada flor, encerrada ahora en los invernaderos del Volga. No concebí

más que un solo día el valor de una posición elevada y de la fortuna; fué en la fiesta que di en los jardines de la quinta de Médicis, a la joven princesa de Rusia. Allí conocí cuánto podían embriagar la magia del cielo, el encanto de los sitios, el prestigio de la belleza y del poder: me figuraba ser a la vez *Torcuato Tasso* y *Alfonso de Este*, y valía yo más que el príncipe, menos que el poeta: Elena era más hermosa que Leonor. Representante yo del heredero de Francisco I y de Luis XIV, tuve el sueño de un rey de Francia.

No me registraron, bien que nada llevaba contra los derechos de los reyes, yo que reconocía los de un joven monarca cuando los mismos soberanos habían dejado de reconocerlos.

En vez de la castellana oprimida que me preparaba a libertar, encontré, al salir de la ciudad, un pobre anciano que me pidió seis kreutzer, levantando con su mano izquierda una linterna a la altura de su cabeza cenicienta, alargando la mano derecha a Schwartz, sentado en el pescante, y abriendo su boca como un sollo cogido en el anzuelo; Bautista, enfermo y mojado, no pudo menos de reírse.

¿Qué torrente era ése que acababa yo de pasar? Se lo pregunté al postillón, quien me gritó: «Donau» (el Danubio). Otro río célebre, atravesado por mí sin saberlo, como había bajado al lecho de adelfas del Eurotas sin conocerlo. ¿De qué me sirvió beber de las aguas del Meschacebé, del Eridano, del Tíber, del Cefiso, del Hermus, del Jordán, del Nilo, del Betis, del Tajo, del Ebro, del Rin, del Sprée, del Sena y de otros cien ríos oscuros o célebres? Los ignorados no me dieron su tranquilidad; los ilustres no me han comunicado su gloria; sólo podrán decir que me vieron pasar como sus riberas ven pasar sus ondas.

Llegué bastante temprano el domingo 19 de mayo a Ulm, después de haber recorrido el teatro de las campañas de Moreau y de Napoleón.

Jacinto, miembro de la Legión de honor, llevaba su cinta, y esta condecoración nos atrajo increíbles respetos. Como yo no llevaba en el ojal más que una florecita, según mi costumbre, pasaba, antes de que se supiera mi nombre, por un ser misterioso; mis mamelucos, en el Cairo, querían que yo fuese de grado o por fuerza un general de Bonaparte disfrazado de farragista erudito; no desistían ellos de su idea, y esperaban a cada

momento verme poner el Egipto en el cinturón de mi caftán.

No obstante, entre los pueblos cuyas aldeas hemos quemado y cuyas cosechas hemos devastado, es donde existen esos sentimientos. Yo gozaba de esa gloria; pero si no hubiéramos hecho más que bien a Alemania, ¿nos echarían tanto de menos?

Los males de la guerra han quedado olvidados: en el suelo de nuestras conquistas hemos dejado el fuego de la vida. Al viajar uno hoy advierte que los pueblos velan con la maleta a cuestas, y que, dispuestos a marchar, parecen esperarnos para ponernos al frente de la columna. A cualquier francés le toman por el ayudante que trae la orden de marcha.

Ulm es una ciudad pequeña, aseada, sin carácter particular: sus fortificaciones destruidas se han convertido en huertas y paseos, cosa que sucede por lo general. Su suerte tiene alguna analogía con la de los militares: el soldado hace el servicio de las armas en su juventud, y cuando queda inválido se dedica a labrar el campo.

Fuí a ver la catedral, nave gótica de elevada torre. Los costados bajos se dividen en dos bóvedas estrechas sostenidas por una sola hilera de pilares, de manera que el edificio interior participa a la vez de la catedral y de la basílica.

El púlpito tiene por tomavoz un elegante campanario que termina en punta como una mitra: el interior de ese campanario se compone de un nodo, alrededor del cual corre una bóveda en forma de hélice de filigrana de piedra. En vez de sacerdotes que oficiaran, vi sólo algunos pajarillos que revoloteaban en aquel ramaje de granito, celebrando la palabra que les dió voz y alas el quinto día de la creación.

Ya he dicho que la reforma hace mal en mostrarse en los monumentos católicos que ha invadido, porque aparece en ellos mezquina y vergonzosa. Aquellos elevados pórticos piden un clero numeroso, la pompa de las solemnidades, los cánticos, los cuadros, los ornamentos, los velos de seda, las colgaduras, los encajes, la plata, el oro, las lámparas, las flores y el incienso de los altares. Aunque se sostenga que el protestantismo ha vuelto al cristianismo primitivo, las iglesias góticas contestan que ha renegado de sus padres: los cristianos, arquitectos de aquellas maravillas, eran otros que los hijos de Lutero y de Calvino.

BLENHEIM. — LUIS XIV. — SELVA HERCINIANA. — LOS BÁRBAROS. — NACIMIENTO DEL DANUBIO. — RATISBONA. — FÁBRICA DE EMPERADORES. — DIMINUCIÓN DE LA VIDA SOCIAL CONFORME SE ALEJA UNO DE FRANCIA. — SENTIMIENTO RELIGIOSO DE LOS ALEMANES. — LLEGADA A WALDMUNCHEN. — ADUANA AUSTRIACA. — PROHIBICIÓN DE ENTRAR EN BOHEMIA. — PERMANENCIA EN WALDMUNCHEN. — CARTAS AL CONDE CHOTTECK. — INQUIETUDES. — EL VIÁTICO.

19 de mayo de 1833.

El 19 de mayo al mediodía dejé a Ulm. En Dillingen faltaron caballos, y permanecí una hora en la calle Real, recreando mi vista en un nido de cigüeñas situado sobre una chimenea como sobre un minarete de Atenas.

Entre Dillingen y Donawert se atraviesa el campo de batalla de Blenheim.

El postillón que me conducía era de Blenheim: cuando llegó cerca de su aldea, tocó la trompeta: quizás anunciaba su paso a la aldeana a quien amaba, y ésta se estremecía de placer en los mismos campos donde fueron hechos prisioneros veintisiete batallones y doce escuadrones franceses, y donde el regimiento de Navarra, cuyo uniforme tuve el honor de llevar, enterró sus estandartes al lúgubre sonido de las cornetas: éstos son los lugares comunes de la sucesión de los tiempos. En 1793 la República arrancó de la iglesia de Blenheim los estandartes quitados a la monarquía en 1704: de esta manera vengaba al reino e inmolaba al rey; echaba abajo la cabeza de Luis XVI; pero sólo permitía a Francia desgarrar la bandera blanca.

Nada hace conocer mejor la grandeza de Luis XIV que encontrar su memoria hasta en los barrancos formados por el torrente de las victorias napoleónicas. Las conquistas de aquel monarca dejaron a nuestro país fronteras que nos guardan todavía. El alumno de Brienne, a quien la legitimidad dió una espada, encerró por un momento a Europa en su antecámara; pero muy luego se le marchó; el nieto de Enrique IV puso esa misma Europa a los pies de Francia, y así permaneció. Esto no quiere decir que compare a Napoleón con Luis XIV; hombres ambos de diversos destinos, pertenecen a siglos distintos, a naciones diferentes: el uno concluyó una era; el

otro inauguró un mundo. Puede decirse de Bonaparte lo que dice Montaigne de César: «Excuso a la victoria de no haberse podido desenredar de él.»

Las indignas colgaduras del palacio de Blenheim, que vi con Peltier, representan al mariscal de Tallart quitándose el sombrero ante el duque de Marlborough, el cual se muestra en fanfarrona actitud. No por eso dejó de ser Tallart el favorito del viejo león; prisionero en Londres, venció en el ánimo de la reina Ana a Marlborough, que le derrotó en Blenheim, y murió siendo miembro de la Academia francesa. «Era — según Saint-Simón — hombre de mediana estatura, de mirada envidiosa, dotado de mucho fuego y talento; pero atormentado siempre por el diablo de su ambición.»

Voy haciendo historia en birlocho: ¿y por qué no? César la hacía en litera, y si él ganaba las batallas que escribía, yo no he perdido la que refiero.

Entre Dillingen y Donawert hay una rica llanura de nivel desigual, en donde están mezclados los sembrados de trigo con las praderas, y se acerca uno o se aleja del Danubio, según las curvas del camino y las inflexiones del río. Allí las aguas del Danubio son todavía amarillas como las del Tíber.

Apenas se sale de una aldea, cuando se divisa ya otra: los pueblos son aseados y risueños, y con frecuencia se ven frescos en las paredes de las casas. Conforme se acerca uno a Austria, se pronuncia cada vez más un cierto carácter italiano: el habitante del Danubio no es ya el aldeano del mismo río.

«Una espesa barba cubría su rostro, y su velludo cuerpo representaba un oso pero un oso mal configurado.»

Se echa de menos el cielo de Italia: el sol está bajo y blanco: aquellas aldeas, con tal profusión sembradas, no son esos pueblos de la Rumania que protegen las obras maestras de las artes ocultas bajo ellos; con sólo arañar la tierra, esta labor hace brotar, como una espiga de trigo, alguna maravilla del cincel antiguo.

En Donawert sentí haber llegado demasiado tarde para disfrutar de una hermosa perspectiva del Danubio. El lunes 20, igual aspecto en el paisaje; pero el suelo no es tan bueno, y los aldeanos parecen más pobres. Se empieza a ver mon-

tes de pinos y colinas. La selva herciana llegaba hasta aquí; los árboles, cuya singular descripción nos dejó Plinio, fueron destruidos por generaciones que yacen ahora sepultadas con las añosas encinas.

Cuando Trajano echó un puente sobre el Danubio, Italia oyó por vez primera el nombre tan fatal al mundo antiguo: el nombre de los godos. Se abrió el camino a hordas de salvajes que marcharon al saqueo de Roma. Los hunos y su Atila construyeron sus palacios de madera, a semejanza del Coliseo, en las orillas del río rival del Rin, y como éste, enemigo del Tíber. Las hordas de Alarico atravesaron el Danubio en 376 para derribar el imperio griego civilizado, en el mismo sitio en que lo atravesaron los rusos en 1828 con el propósito de derribar el imperio bárbaro asentado sobre los escombros de Grecia. ¿Habría adivinado Trajano que al otro lado de los Alpes, en los confines del río que él había casi descubierto, se llegaría a establecer una civilización de una especie nueva? El Danubio, que nace en la selva Negra, va a morir en el mar Negro. ¿En dónde se encuentra su principal manantial? En el patio de un barón alemán, el cual emplea la náyade en lavar su ropa blanca. Habiendo querido un geógrafo negar el hecho, el noble propietario le puso pleito, quedando decidido por sentencia que el manantial del Danubio estaba en el patio del expresado barón y no podía ser en otra parte. Tácito hace descender al Danubio del monte Abnoba, *montis Abnoba*. Eudoro no sabía tanto cuando le hacía yo viajar por la desembocadura del Ister, adonde el Euxino, según Racine, debía llevar a Mitrídates en *dos días*. «Habiendo pasado el Ister junto a su desembocadura, descubrí un sepulcro de piedra, sobre el cual crecía un laurel. Arranqué la hierba, que cubría algunas letras latinas, pudiendo leer este primer verso de las elegías de un poeta infortunado:

«Libro mío, irás a Roma, e irás a Roma sin mí.»

(Mártires.)

Al perder el Danubio su soledad, ha visto reproducirse en sus riberas los males inseparables de la sociedad: pestes, hambres, incendios, saqueos de ciudades, guerras, y esas divisiones que renacen continuamente de las pasiones o de los errores humanos.

«Ya hemos visto al Danubio inconstante, que unas veces católico y otras luterano, sirve a Roma y a Lutero con sus aguas, y que, teniendo luego en nada al romano y al protestante, concluye su vagabundo curso por no ser cristiano siquiera.»

Después de Donawert se encuentran Burkheim y Neuburgo. Para almorzar me sirvieron en Inglostadt venado: es una lástima comer un animal tan hermoso; siempre he leído con horror la descripción de la fiesta de la instalación de Jorge de Neville, arzobispo de York en 1466: se asaron en ella cuatrocientos cisnes, que cantaban en coro su himno fúnebre. También se hace mención en dicho banquete de doscientos cuatro gansos, cosa que no pongo en duda.

Regensburg, que llamamos nosotros Ratisbona, presenta, al llegar por Donawert, un aspecto agradable. Daban las dos el 21 cuando me detenía en la casa de postas. Mientras enganchaban, operación siempre larga en Alemania, entré en una iglesia cercana, llamada la *Capilla vieja*, blanqueada y dorada de nuevo. Ocho ancianos sacerdotes, de cabellos blancos, cantaban las vísperas: en otro tiempo había yo rezado en una capilla de Tívoli por un hombre que estaba orando a mi lado: en una de las cisternas de Cartago, ofrecí también mis oraciones a San Luis, muerto no lejos de Utica, más filósofo que Catón, más sincero que Aníbal, más piadoso que Eneas; en la capilla de Ratisbona tuve la idea de recomendar al Cielo al joven monarca a quien iba a buscar; pero temía demasiado la cólera de Dios para solicitar una corona, y supliqué al dispensador de toda gracia que concediera al huérfano la dicha y le diese el desdén del poder.

De la *Capilla vieja* pasé a la catedral. Aunque más pequeña que la de Ulm, es más religiosa y de mejor estilo. Sus vidrieras de colores la envolvían en esa obscuridad que tanto se presta al recogimiento. La capilla blanca convenía mejor a mis votos por la memoria de Enrique: la sombría basílica me hizo conmover por mi antiguo rey Carlos.

Poco me importaba el edificio donde en otro tiempo se elegía a los emperadores, lo cual prueba al menos que había soberanos electivos, y hasta reyes a quienes se juzgaba. La cláusula 18 del testamento de Carlomagno, dice: «Si algunos de nuestros nietos, nacidos o por nacer, son

acusados, ordenamos que no se les rape la cabeza, que no se les saque los ojos, que no se les corte miembro alguno, ni se les condene a muerte sin buena discusión y sin examen.» No recuerdo qué emperador de Alemania depuesto, fué el que reclamó sólo la soberanía de un viñedo que merecía su predilección.

En Ratisbona, fábrica en otro tiempo de soberanos, se acuñaban emperadores, a veces a baja ley: este comercio se ha perdido: una batalla de Napoleón y el príncipe primado, servil cortesano de nuestro universal gendarme, no han resucitado la ciudad que sucumbía. Los regensburgueses, vestidos y rollizos como el pueblo de París, no tienen fisonomía ninguna particular.

Salimos al puente del camino de Praga, puente muy elogiado y muy feo. Al dejar el lecho del Danubio, se empieza a subir escarpaduras. Kirn, primera parada, está situado sobre una áspera cuesta, desde cuya altura, y al través de nubes acuosas, se descubren colinas melancólicas y pálidos valles. La fisonomía de los aldeanos cambia: los muchachos amarillos y abotagados tienen el aire enfermizo.

De Kirn a Waldmunchen aumenta la pobreza del paisaje; apenas se ven ya aldeas, y sólo se encuentran cabañas hechas de troncos de abeto unidos con una argamasa de tierra, como en las gargantas más estériles de los Alpes.

Francia es el corazón de Europa: a medida que uno se aleja de ella la vida social disminuye, y puede juzgarse de la distancia a que se halla uno de París por la mayor o menor languidez de la región adonde se retira. En España e Italia, la disminución del movimiento y la progresión de la muerte son menos sensibles: en el primer país cautiva nuestra atención otro pueblo, otro mundo, los árabes cristianos: en el segundo, la belleza del clima y de las artes, la seducción de los amores y de las ruinas, no dejan tiempo para aburrirse. Pero en Inglaterra, a pesar de la perfección física, y en Alemania, no obstante la moralidad de los habitantes, se siente uno desfallecer. En Austria y en Prusia pesa el yugo militar sobre las ideas de uno como el cielo sin luz sobre vuestra cabeza: hay no sé qué cosa que advierte que no se puede escribir, hablar ni pensar con independencia; que es preciso segregarse de la existencia toda la parte noble, dejando ociosa la primera facultad del hom-

bre, como un don inútil de la divinidad. Como las artes y la belleza de la naturaleza no van a engañar las horas de uno, no queda más recurso que sumergirse en una torpe disipación o entregarse a esas verdades especulativas con que se contentan los alemanes.

Sin embargo, una cosa me encanta en el pueblo alemán: el sentimiento religioso. Si no estuviera demasiado cansado, dejaría la posada de Nittenau, donde hago los apuntes de este diario, e iría a la oración de la tarde con esos hombres, esas mujeres y esos niños que llama al templo el tañido de una campana. Aquella muchedumbre, viéndome de rodillas en medio de ella, me acogería en virtud de la unión de una fe común. ¿Cuándo llegará el momento en que unos filósofos en su iglesia bendigan a un filósofo que llegue por la posta, y ofrezcan con ese extranjero una oración semejante a un Dios acerca del cual no están de acuerdo los filósofos? El rosario del cura es más seguro, y a él me atengo.

21 de mayo.

Waldmunchen, adonde llegué el martes 21 de mayo por la mañana, es la última aldea de Baviera por este lado de Bohemia. Me felicitaba de encontrarme en disposición de cumplir prontamente mi misión: estaba sólo a cincuenta leguas de Praga. Me sumergí en el agua helada, y me arreglé, mirándome en una fuente, como un embajador que se prepara para una entrada triunfal. Partí, y a una media legua de Waldmunchen me aproximé con la mayor seguridad a la aduana austriaca. Una barrera bajada cerraba el camino, y bajé con Jacinto, en cuyo pecho resplandecía la cinta encarnada. Un aduanero joven, armado con un fusil, nos condujo a una sala, en forma de bóveda, en el piso bajo de una casa. Allí estaba sentado a su mesa, como si fuese en un tribunal, un grueso y anciano jefe de aduaneros alemanes, de bigotes y cabellos rojos, cejas espesas formando sesgo sobre dos ojos verduscos medio abiertos, aire maligno, mezcla del espía de policía de Viena y del contrabandista de Bohemia.

Cogió nuestros pasaportes sin hablar palabra, y el joven aduanero me acercó tímidamente una silla, mientras que el jefe, ante el cual parecía temblar, examinaba los documentos. No me senté, y me acerqué a ver unas pistolas colgadas a la pared y una carabina colocada en un

rincón de la pieza. Después de cinco minutos de silencio, el austriaco masculló dos o tres palabras, que mi basileo tradujo así:

«—No pasará.

»—¿Por qué?»

Aquí principiaron las explicaciones.

«—No están sus señas en el pasaporte.

»—Mi pasaporte es del ministerio de Estado.

»—Es antiguo.

»—No tiene un año de fecha, y es válido legalmente.

»—No está visado por la embajada austriaca en París.

»—Se equivoca usted; sí lo está.

»—Le falta el sello en seco.

»—Será olvido de la embajada: además, ahí está el visto bueno de las otras legaciones extranjeras. He cruzado el cantón de Basilea, el gran ducado de Baden, el reino de Wurtemberg, toda la Baviera, y nadie me opuso el menor obstáculo. Con sólo declarar mi nombre, ni siquiera han desdoblado mi pasaporte.

»—¿Tiene usted algún cargo público?

»—He sido ministro en Francia y embajador de S. M. Cristianísima en Berlín, Londres y Roma. Soy conocido personalmente de su soberano y del príncipe de Metternich.

»—Es inútil.

»—¿Quiere que preste fianza? ¿Quiere darme un guarda que responda de mí?

»—No pasará.

»—¿Y si enviara un propio al gobierno de Bohemia?

»—Haga lo que guste.»

Faltóme la paciencia, y principié a dar al aduanero a todos los diablos. Embajador de un rey sobre su trono, poco me habría importado perder algunas horas; pero embajador de una princesa aprisionada, me creía infiel con la desgracia y traidor con mi soberana cautiva.

El hombre escribía, y el basileo no traducía mi monólogo; pero hay palabras francesas que nuestros soldados han enseñado a Austria, y que ésta no ha olvidado. Dije al intérprete: «Explícale que me dirijo a Praga para ofrecer mis homenajes al rey de Francia.» El aduanero, sin interrumpir lo que estaba escribiendo, contestó: «Carlos X no es para Austria el rey de Francia.» Yo repuse: «Lo es para mí.» Estas palabras, lanzadas al cancerbero, parecieron causarle algún efecto, pues me miró oblicuamente y por lo bajo. Creí que su larga apuntación sería, al fin, un visto bueno

favorable: él, por su parte, después de haber hecho otros cuantos garabatos en el pasaporte de Jacinto, lo pasó todo al intérprete. Sucedió que el visto bueno era una explicación de los motivos que le impedían dejarme continuar mi camino; de suerte que no sólo me era imposible ir a Praga, sino que mi pasaporte estaba tachado de falso para los demás puntos en que pudiera presentarme. Volvíme al carruaje, y ordené al postillón: «A Waldmunchen.»

Mi regreso no sorprendió al dueño de la posada, quien me refirió que lo mismo había sucedido a otros extranjeros. Mi posadero, muy buen hombre y administrador de correos, se encargó de enviar al gran burgrave de Bohemia la carta, cuya copia va a continuación:

«Waldmunchen, 21 de mayo de 1833.

»Señor gobernador: teniendo el honor de ser conocido personalmente de S. M. el emperador de Austria y del príncipe de Metternich, suponía que podía viajar por los Estados austriacos con un pasaporte que, no contando aún un año de fecha, era todavía válido legalmente, estando, además, visado por el embajador de Austria en París para Suiza e Italia. En efecto, señor conde; he cruzado Alemania, y mi nombre bastó para que me dejasen pasar. Esta mañana, sin embargo, el jefe de la aduana austriaca de Haselbach no se ha creído autorizado para concederme el pase, por las razones enunciadas en su anotación en mi pasaporte, que va adjunto, y en el del señor Pilorge, mi secretario, obligándome, con gran pesar mío, a retroceder a Waldmunchen, en donde espero vuestras órdenes. Me atrevo a esperar, señor conde, que tendrá la bondad de remover la pequeña dificultad que me detiene, enviándome por el propio que tengo el honor de expedirle, el permiso indispensable para ir a Praga, y desde allí a Viena.

»Soy con la mayor consideración, señor gobernador, vuestro humilde y obediente servidor.

»CHATEAUBRIAND.»

»Perdonad, señor conde, la libertad que me tomo de enviar adjunto una carta abierta para el duque de Blacas.»

Un poco de orgullo se trasluce en esta carta, porque me sentía lastimado. Me veía tan humillado como Cicerón cuando,

al volver en triunfo de su gobierno de Asia, le preguntaron sus amigos si venía de Bayas o de Tusculano. Pues qué, ¡mi nombre, que volaba del uno al otro polo, no había llegado a oídos de un aduanero en las montañas de Haselbach!

¡Quién sabe, no obstante, si aquel aduanero me conocía! ¡Las policías de todos los países están enlazadas tan íntimamente! Un hombre político, que no aprueba ni admira los tratados de Viena; un francés, que quiere el honor y la libertad de Francia, muy bien podría estar anotado en el Index de Viena. ¡Qué noble venganza la de proceder con el señor de Chateaubriand como con uno de esos comisionistas, tan sospechosos a los espías! ¡Qué satisfacción tan agradable la de tratar como a un vagabundo cuyos papeles no están en regla a un enviado encargado de llevar traidoramente a un niño desterrado los adioses de su madre cautiva!

El propio salió de Waldmunchen el 21 a las once de la mañana, y calculé que podía estar de regreso a los dos días, el 23, de doce a cuatro; pero mi imaginación no descansaba. ¿Qué iba a ser de mi mensaje? Si el gobernador es hombre firme y que sabe vivir, me enviará el permiso; si es tímido y sin talento, me contestará que, no estando mi petición en sus atribuciones, se había apresurado a consultar a Viena. Este pequeño incidente puede agradar y desagradar a la vez al príncipe de Metternich. No ignoraba cuánto teme a los periódicos, y le he visto en Verona abandonar los asuntos más importantes y encerrarse azorado con el señor de Gentz para redactar un artículo contestando a *El Constitucional* y a *Los Debates*. ¿Cuántos días transcurrirán hasta la transmisión de las órdenes del ministro imperial?

Por otra parte, ¿tendrá el señor de Blacas un placer en verme en Praga? ¿No supondrá el señor de Damas que voy a destronarle? ¿No dará ningún cuidado al cardenal de Latil? ¿No se aprovechará el triunvirato del accidente ocurrido para hacerme cerrar las puertas en vez de hacérmelas abrir? Nada más fácil: basta una palabra dicha al oído del gobernador, palabra que ignoraré toda mi vida. ¿En qué inquietud no estarán mis amigos de París? Cuando se conozca la aventura, ¿qué ruido no meterán las gacetas? ¿Qué extravagancias no harán correr?

¿Y si el gran burgrave no tiene por conveniente responder? ¿Y si está au-

sente y nadie se atreve a reemplazarle? ¿Qué será de mí sin pasaporte? ¿Dónde podré hacerme reconocer? ¿En Munich? ¿En Viena? ¿Qué maestro de postas me ofrecerá caballos? Estaré de hecho preso en Waldmunchen.

Ya pensaba en los dragones que me iban a fusilar, y en mi alejamiento de todo cuanto me era querido. Me queda muy poco tiempo que vivir para perder ese poco. Horacio dijo: *Carpe diem* (coge el día): consejo del placer a los veinte años, de la razón a mi edad.

Cansado de pensar todos estos casos, oí el ruido de mucha gente por fuera: mi posada estaba en la plaza de la aldea: me asomé a la ventana, y vi a un sacerdote que llevaba los últimos sacramentos a un moribundo. ¿Qué le importaban a ese moribundo los asuntos de los reyes, de sus servidores y de la tierra? Todos abandonaban lo que estaban haciendo y se iban en seguimiento del cura: jóvenes, ancianas, niños, madres con sus pequeñuelos en brazos, repetían las oraciones de los agonizantes. Cuando el cura llegó a la puerta del enfermo, dió la bendición con el santo Viático. Los asistentes se postraron de rodillas haciendo la señal de la cruz y bajando la cabeza. El pasaporte para la eternidad no será desconocido por el que distribuye el pan y da albergue al viajero.

CAPILLA. — MI CUARTO EN LA POSADA. — DESCRIPCIÓN DE WALDMUNCHEN.—CARTA DEL CONDE DE CHOTECK.—LA ALDEANA. — SALIDA DE WALDMUNCHEN. — ADUANA AUSTRIACA. — ENTRADA EN BOHEMIA. — MONTE DE PINOS. — CONVERSACIÓN CON LA LUNA.—PILSEN.—GRANDES CAMINOS DEL NORTE. — VISTA DE PRAGA.

Aun cuando había estado siete días sin acostarme, no pude quedarme en casa: no era más de la una. Al salir de la aldea por el lado de Ratisbona, vi a la derecha, en medio de un campo de trigo, una capilla blanca, y hacia allá dirigí mis pasos. Estaba cerrada la puerta, y a través de una ventana se divisaba un altar con una cruz. Sobre el arquitrabe estaba escrita la fecha de la construcción, 1830: derribábase una monarquía en París y se erigía una capilla en Waldmunchen. Las tres generaciones desterradas debían ir a habitar un destierro a cincuenta leguas del nuevo asilo consagrado al rey cruci-